

El Señor es la parte de mi Herencia



En el marco de este año sacerdotal que ha convocado el Papa Benedicto XVI, ha surgido la iniciativa de proponer a través de este boletín una serie de meditaciones relacionadas a la vocación con el fin de suministrar de alguna manera un humilde instrumento para la reflexión y la meditación de todos los cristianos.

Es por eso que para esta ocasión hemos querido iniciar este ciclo de reflexiones con las palabras del salmista en el salmo 15 (16): *“El Señor es la parte de mi herencia”* (Cfr. Sal 15,5). El himno de David es un hermoso poema del creyente que confiado plenamente en el Señor, encuentra en su opción y en su elección la verdad y el sentido único de su vida y su existencia: Dios. De modo que con su plegaria vuelta súplica y alabanza invoca la sabiduría y la presencia de aquel en quien ha confiado y al cual se ha entregado para la salvación propia y de los demás.

El término herencia con el que el salmista designa aquello recibido por el Señor, es todavía hoy una referencia importante en nuestra cultura moderna, con ella se evoca no solo los bienes activos, que son traspasados de una generación a otra, sino más bien la confiabilidad de aquél que entrega el cuidado y la responsabilidad de su propio patrimonio a otro, sabiendo que este le cuidara, y que trabajara de la misma manera por cuidar de aquellos bienes cuando su verdadero dueño se halla ido; un ejemplo de ello lo vemos en la compleja legislatura que envuelve estos casos de sucesiones patrimoniales, al menos en EEUU por nombrar solo un caso existen, un sin fin de normas y reglas legales y jurídicas que regulan dichos procesos civiles, y que en los últimos días por esto de la crisis económica ha estado en plena discusión.

Pues desde el punto de vista de la fe esto es aun más serio, pero al mismo tiempo más simple, y así lo entiende el salmista, para él la herencia que ha recibido del Señor consiste solamente en el servicio a los hermanos, en esto encuentra el sentido de su trabajo, de su esforzarse, en esto el encuentra el sentido de su existencia en medio de la comunidad; entiende que lo que le ha tocado de parte del Señor, que la herencia que este le encomienda, es para la salvación suya y de los demás.

Hemos dicho todo esto viendo como el poeta orante profundamente motivado prorrumpa en un himno de alabanza en aquel de quien depende, no solo su camino sino todo su diario vivir; de alguna manera esta misma situación podremos aplicar a los sacerdotes; ellos son hombres, cristianos, creyentes de la comunidad, que un día habiendo recibido de parte del Señor un llamado especial, decidieron seguirlo, confiados solamente en este llamado y no esperando recompensas ni



honoros, sino entendiendo aunque sea muy primitivamente que su herencia estaría en estar con el Señor y en servir por él a los demás.

Pero no solamente los sacerdotes podrán apropiarse de esta herencia de la que habla el salmista, todo lo contrario ellos mismo se entregan a los demás, con el único fin de repartir gratuitamente aquello que han recibido, y que no es otra cosa que el don mismo del Señor; de modo que todos en la Iglesia, podemos asumir la parte que nos corresponde en esta herencia y descubrir que nuestra propia vida, está orientada para dar a conocer al Señor, para mostrarlo a los demás, para inclusive en el caso nuestro, adorarlo por a aquellos que no lo hacen y no lo conocen; de modo que para nosotros también es cierto decir que solo el Señor es nuestra herencia, el lote de nuestra heredad, y nuestra copa; y por eso toda nuestra vida está en sus manos (Cfr. Sal 15,5s)

Por eso como el salmista también nosotros podemos cantar al Señor: - *“Me ha tocado un lugar de delicias, estoy contento con mi herencia”* (Cfr . Sal 15 6), soy feliz con lo que me das, en la pobreza o en la riqueza, con las cosas que entiendo y también con las que no; soy feliz con mi familia, con mi trabajo, con mi país, con mi comunidad-. Pero con un especial agradecimiento, decir: - soy feliz con tu Iglesia, con tus sacerdotes, son su testimonio de vida, con su entrega generosa por el servicio de todos, feliz por el Papa, por los obispos, por las religiosas y por los religiosos. Y *“Por eso mi corazón se alegra, se regocijan mis entrañas y todo mi ser descansa seguro (junto a ti Señor): porque no me entregarás a la Muerte ni dejarás que tu siervo vea el sepulcro. Me harás conocer el Camino de la Vida, saciándome de gozo en tu presencia, de felicidad eterna a tu derecha”*. (Cfr. Sal 15, 9-11))

Vivamos pues estos días agradecidos por esta buena noticia que recibimos de parte del Señor, consientes de que el nos encomienda su “Herencia”, que no es otra cosa que su persona, que su Cuerpo eucarístico, que su alma y su divinidad presentes en el altar. Con él único fin de que ayudemos con nuestros gesto y palabras, con nuestros ratos y momento de oración, a otros a gozar de esta experiencia de fe. Contentos de la herencia que hemos recibido del Señor, y experimentando aquí y ahora a pesar de los problemas, la alegría perpetua que él nos promete a su derecha.

Verbum Domini

Guárdame, oh Dios, en ti está mi refugio.

Yo digo a Yahveh: «Tú eres mi Señor, mi bien, nada hay fuera de ti»; ellos, en cambio, a los santos que hay en la tierra: «¡Magníficos, todo mi gozo en ellos!».

Sus ídolos abundan, tras ellos van corriendo. Mas yo jamás derramaré sus libámenes de sangre, jamás tomaré sus nombres en mis labios. Yahveh, la parte de mi herencia y de mi copa, tú mi suerte aseguras; la cuerda me asigna un recinto de delicias, mi heredad es preciosa para mí.

Bendigo a Yahveh que me aconseja; aun de noche mi conciencia me instruye; pongo a Yahveh ante mí sin cesar; porque él está a mi diestra, no vacilo.

Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro



descansa; pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa. Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre.

Vox Summi Pontifex

Queridos hermanos y hermanas, detengámonos a contemplar juntos el Corazón traspasado del Crucificado. En la lectura breve, tomada de la carta de san Pablo a los Efesios, acabamos de escuchar una vez más que "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo (...) y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús" (Ef 2, 4-6).



Estar en Cristo Jesús significa ya sentarse en los cielos. En el Corazón de Jesús se expresa el núcleo esencial del cristianismo; en Cristo se nos revela y entrega toda la novedad revolucionaria del Evangelio: el Amor que nos salva y nos hace vivir ya en la eternidad de Dios. El evangelista san Juan escribe: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16). Su Corazón divino llama entonces a nuestro corazón; nos invita a salir de nosotros mismos y a abandonar nuestras seguridades humanas para fiarnos de él y, siguiendo su ejemplo, a hacer de nosotros mismos un don de amor sin reservas.

Aunque es verdad que la invitación de Jesús a "permanecer en su amor" (cf. Jn 15, 9) se dirige a todo bautizado, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada de santificación sacerdotal, esa invitación resuena con mayor fuerza para nosotros, los sacerdotes, de modo particular esta tarde, solemne inicio del Año sacerdotal, que he convocado con ocasión del 150° aniversario de la muerte del santo cura de Ars. Me viene inmediatamente a la mente una hermosa y conmovedora afirmación suya, recogida en el *Catecismo de la Iglesia católica*: "El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús" (n.1589).

¿Cómo no recordar con conmoción que de este Corazón ha brotado directamente el don de nuestro ministerio sacerdotal? ¿Cómo olvidar que los presbíteros hemos sido consagrados para servir, humilde y autorizadamente, al sacerdocio común de los fieles? Nuestra misión es indispensable para la Iglesia y para el mundo, que exige fidelidad plena a Cristo y unión incesante con él, o sea, permanecer en su amor; esto exige que busquemos constantemente la santidad, el permanecer en su amor, como hizo san Juan María Vianney.

(Homilía de ss Benedicto XVI en la Inauguración del Año Sacerdotal, Basilica Vaticana 19 de Junio de 2009)

Oración por los sacerdotes
Autor: Su Santidad Pío XII

Oh Jesús, Pontífice Eterno, Buen Pastor, Fuente de vida, que por singular generosidad de tu dulcísimo Corazón nos has dado nuestros sacerdotes para que podamos cumplir plenamente los designios de santificación que tu gracia inspira en nuestras almas; te suplicamos: ven y ayúdalos con tu asistencia misericordiosa.

Sé en ellos, oh Jesús, fe viva en sus obras, esperanza inquebrantable en las pruebas, caridad ardiente en sus propósitos. Que tu palabra, rayo de la eterna Sabiduría, sea, por la constante meditación, el alimento diario de su vida interior. Que el ejemplo de tu vida y Pasión se renueve en su conducta y en sus sufrimientos para enseñanza nuestra, y alivio y sostén en nuestras penas.

Concédeles, oh Señor, desprendimiento de todo interés terreno y que sólo busquen tu mayor gloria. Concédeles ser fieles a sus obligaciones con pura conciencia hasta el postrer aliento. Y cuando con la muerte del cuerpo entreguen en tus manos la tarea bien cumplida, dales, Jesús, Tú que fuiste su Maestro en la tierra, la recompensa eterna: la corona de justicia en el esplendor de los santos.



BOLETÍN ADORO TE DEVOTE



www.jesus-sacramentado.org/BoletinElectronico/
www.jesus-sacramentado.org/BoletinElectronico/panis_vivus/

Imágenes: <http://www.esprit-photo.com>

edición agosto 2009